

ENTREVISTA

Carlos Martínez Shaw. Investigador, docente y divulgador de la Historia moderna

Luis Alonso Álvarez
Universidad de A Coruña

Introducción

Carlos Martínez Shaw nació en Sevilla en 1945. Realizó sus estudios de secundaria en la Escuela Francesa —de ahí que el francés le resulte su segunda lengua— y, ya en la Universidad de Sevilla, cursó la carrera de Filosofía y Letras, especialidad de Historia General entre los años 1962 y 1967. Se doctoró en 1973 en la Universidad de Barcelona, donde trabajaría como profesor durante muchos años, obteniendo por oposición en 1984 la cátedra de Historia Moderna y pasando en 1994 a la cátedra correspondiente de la UNED. Carlos manifiesta una personalidad poliédrica en la que se pueden subrayar varias facetas. Por un lado, la del docente cuyas clases resultaban una bocanada de aire fresco en el ambiente sumamente enrarecido de la universidad del franquismo tardío, allá hacia finales de los años sesenta y primeros setenta. También como investigador, con un currículum muy voluminoso en el que despuntan sus estudios sobre economía marítima, la Ilustración en el mundo hispánico y el Pacífico hispano-mexicano. Su faceta de divulgador es también destacable, algo que



Foto: @JMSANCHEZPHOTO (Fuente: Crónica Global).

no resulta frecuente en los medios académicos, con decenas de artículos en revistas de quiosco, asesoramiento a filmes históricos y

comisario de varias exposiciones nacionales e internacionales. Tampoco es menor su faceta de gestor, como vicerrector de la UB y presidente del Centro de Estudios «Pierre Vilar». Todo ello se vio recompensado con numerosos reconocimientos y premios que

no le hicieron desistir de sus convicciones progresistas y de izquierda. Carlos se jubiló recientemente en la UNED, pero continúa con sus investigaciones y ocupaciones paralelas. Finalmente, y como él mismo señalaba, «además de todo esto, sigo siendo rojo».

Entrevista

[L. Alonso Álvarez] *Naciste en Sevilla en el seno de una familia modesta y realizaste estudios de secundaria en la Escuela Francesa de la capital andaluza. Tus padres debieron hacer un esfuerzo importante para tu educación, que, entre otras cosas, te proporcionó una segunda lengua que facilitaría más adelante tu formación universitaria. ¿Cómo explicas esta actitud ejemplar de tus progenitores?*

[C. Martínez Shaw] Mis padres, Joaquín Martínez y Concha Shaw, taxista y ama de casa respectivamente, tuvieron siempre un talante republicano, progresista y anticlerical que marcaron mi ideología desde mi niñez hasta ahora. Por eso me matricularon en un colegio laico, donde la religión tuviera el menor espacio posible, cosa que siempre les he agradecido profundamente y ejemplo que he procurado imitar. Pero, sobre todo, me quisieron de un modo tan hondo que trataron que mi vida discurriese por los cauces más gratos y que mi espíritu se desarrollase en todos los campos. Ese cariño y esa entrega nunca podré agradecerse los bastante.

Ingresaste en la Universidad de Sevilla en 1962 y te inclinaste por los estudios de lo que entonces se conocía como Filosofía y Letras. ¿Qué fue lo que hizo que te decidieras por una especialización en Historia? ¿Una salida rápida hacia la profesión de profesor de secundaria? ¿Tal vez alcanzar el objetivo de una carrera académica en la universidad?

Mis padres querían que, una vez elegidas las Letras, me pronunciase por la carrera de Derecho, por creer que me ayudaría a procurarme una economía más saneada que la que ellos y yo habíamos conocido. Sin embargo, mi profesora de griego, Esperanza Albarrán, me dio la clave para que mis padres no pusiesen obstáculo a mi verdadera vocación, la de cursar Filosofía y Letras: me dijo que un Catedrático de Instituto (en 1962) ganaba 7.000 pesetas al mes. Fue un argumento decisivo. Una vez en la Facultad, mis intereses fueron tan variados que mi decisión por la especialidad de Historia General se debió a una sola razón: la Historia lo abarcaba todo. La Historia era economía, política, sociología, filosofía, ciencia, literatura, arte... De esa forma no tenía que abandonar ninguna de mis inclinaciones intelectuales. Mi preocupación laboral sólo vendría al final: empecé a preparar mis oposiciones a Secundaria, pero un venturoso azar me llevó a la Universidad de Barcelona. Cuando estaba organizando el tema correspondiente al Antiguo Egipto, apareció por la Biblioteca quien había sido mi profesor de Historia Moderna y Contemporánea, José Manuel Cuenca, que acababa de ganar la plaza de Agregado en Barcelona y que me invitó a acompañarle ofreciéndome una plaza de profesor ayudante de clases prácticas: dije que sí y nunca me arrepentí. Y eso que el primer año gané quinientas pesetas al mes.



Martínez Shaw en el Instituto «Antonio Domínguez Ortiz» de Vallecas, con Roberto Fernández y Antonio Domínguez Ortiz, 1994 (Foto facilitada por el entrevistado).

¿Qué profesores influyeron más sobre ti, o de los que guardas un buen recuerdo, en la Sevilla de los años sesenta?

De mi Bachillerato guardo un recuerdo especial para Don José Machuca, mi profesor de Historia, que para animarme en «mi vocación» (aún más) me regaló *Veinte mil leguas de viaje submarino* de Julio Verne, una figura que ya nunca me abandonaría. De la carrera recuerdo las clases de los profesores Juan de Mata Carriazo, José Manuel Cuenca Toribio, José Luis Comellas, Antonio Blanco Freijeiro y, sobre todo, de Agustín García Calvo, otro de mis referentes más entrañables, quien me dio, además del acicate para mi pasión siempre cultivada por los clásicos grecolatinos (he terminado estos días mi enésima lectura de la *Ilíada*), un compañero de por vida: Georges Brassens.

Te licenciaste en 1967 y enseguida te propusiste hacer el doctorado en Historia en la Universidad de Barcelona, en aquel entonces un referente que destacaba ya en el desierto cultural de la España de entonces y en la que ejercían como profesores algunos de los discípulos de Jaume Vicens Vives. ¿Qué supuso para ti el salto hacia la ciudad condal?

Fue una revelación. Barcelona era un laboratorio intelectual en plena ebullición. En la Universidad me apliqué a la tesis doctoral que me propuso el profesor Valentín Vázquez de Prada. Y fuera de la Universidad, entré en muchos de los círculos intelectuales formados, por diversos caminos. Como profesor de la Escuela Oficial de Periodismo, trabé contacto con personalidades inolvidables como Manuel Vázquez Montalbán y otros muchos que no cito por falta de espacio. El cineasta Manel Esteban,

con quien anudé una estrecha amistad, me puso en contacto con la tertulia de El Sot, lo que me permitió conocer a algunos destacados miembros de la *intelligentsia* catalana, entre ellos el dibujante Jaume Perich. También pude relacionarme con el grupo de la Editorial Laia, lo que quería decir con Nani Riera y con Alfonso Carlos Comín, tras cuya prematura muerte fui uno de los integrantes de su Fundación, de la que sigo siendo miembro. Fui asimismo uno de los fundadores de la revista *L'Avenç*, con lo que establecí una relación personal con Félix Manito, Leandre Colomer y Ferran Mascarell, así como con muchos historiadores de otra procedencia. En la Editorial Crítica trabé contacto con Gonzalo Pontón, Quim Sempere y Xavier Folch. También, por diversos caminos, pude tratar a Emilio Lledó, a Manuel Sacristán, a Paco Fernández Buey, a Josep Fontana... Y así sucesivamente.

En tu estancia como doctorando en Barcelona, ¿qué profesores influyeron en tu trayectoria intelectual y a quiénes recuerdas con especial aprecio?

También en este caso son muchos. Tuve la suerte de conocer a Carlos Seco, Joan Maluquer de Motes, Joan Vilà Valentí, Miquel Tarradell, Emili Giralt (que me hizo jefe de estudios durante su mandato como decano), Claudi Esteva Fabregat, José Manuel Blecuá... Y muchos de mis compañeros pronto pasaron a ser a su vez reconocidos especialistas en sus campos, con lo que igualmente aprendí mucho de ellos. Por último, tengo que mencionar, de un modo muy particular, el magisterio y la amistad entrañable de Pierre Vilar, cuya influencia se deja sentir sobre toda mi labor historiográfica e incluso sobre muchas de mis decisiones personales.

Muy pronto ingresaste como profesor no numerario (los combativos PNN, como les calificaban los estudiantes) para impartir las materias de Historia moderna e Historia económica de la Edad moderna en un momento de crecimiento muy rápido en el número de estudiantes que accedían a la universidad. Recuerdo unas clases abarrotadas de alumnos —muchos de pie e incluso sentados en el suelo— para oírte hablar de cosas que nos quedaban tan alejadas como la economía del Antiguo Régimen en Francia o de los medios de vida de los campesinos del Languedoc, pero que explicadas por ti cobraban un atractivo e interés especiales. Muchos de nosotros pudimos conocer de este modo la existencia de la École des Annales de la que nunca habíamos oído hablar. ¿Qué puedes comentar sobre esto? ¿Cómo asumiste ese protagonismo sobrevenido?

En realidad, todo fue fruto de mis lecturas y de mis relaciones personales. El contacto con la escuela de los *Annales* fue muy temprano (y de ahí los muchos libros de los que entonces me empapé y cuyas enseñanzas quise transmitir a mis estudiantes). El marxismo también me conquistó muy pronto, historiográficamente a partir del ejemplo de Pierre Vilar y de otros historiadores, sobre todo franceses (pienso en Michel Vovelle) e ingleses (pienso en Edward Hallet Carr o en Christopher Hill), y en otro terreno más amplio, a partir de la lectura directa de Karl Marx, de Friedrich Engels o de Antonio Gramsci, cuyas ideas han modelado mi pensamiento en todos los terrenos.

Recuerdo haber conocido durante aquellos años a estudiantes que venían de Sevilla y se matriculaban en Barcelona para asistir a tus clases. Les llamábamos en el ambiente universitario, e incluso ellos mismos así se calificaban con un gran sentido del humor, como «marxistas analfabetos», aunque la expresión



Mesa en el Paraninfo de la Universidad de Barcelona. Con Francisco Chacón, Josep Fontana y Ricardo García Cárcel, 1984. (Foto facilitada por el entrevistado).

creo que era de don Octavio Gil Munilla, gestor inesperado de esta operación. Uno de aquellos estudiantes se llamaba Julio Anguita. ¿Qué evocaciones te provoca pasados los años?

Forma parte de la nostalgia por la juventud perdida. Fue un episodio singular por el que algunos de los mejores estudiantes de Historia Moderna y Contemporánea de Sevilla se matricularon en Barcelona para aprovechar las ventajas del Plan Maluquer. Además de Julio Anguita, vinieron Carmen Naranjo, Joaquín Arroyo (que murió muy joven), Santiago Tinoco, Ángel Calle, Carlos Arenas, José María López Sanfeliu (que sería conocido más tarde como Kiko Veneno), Pablo Juliá, Lorenzo Cabrera, Juan Ignacio Carmona, Nieves García Benito, Encarnita Martín, Fernando (Germán) Montes, Justo Ruiz, Rafael Serrano, Paco Flores, Lola Ubera (que me llevó al concierto, enseguida prohibido, de Pete Seeger y me puso a correr delante de los caballos de los grises),

etcétera. El listado completo está en un artículo de Santiago Tinoco «Carlos Martínez Shaw en el nomadismo universitario Sevilla-Barcelona (1967-1977)». Acogidos por Julio Clavijo (que hacía de intermediario), durante dos semanas convertían mi modesta casa de Sant Just Desvern en un aula por el día (en que yo les impartía las clases esenciales para pasar los exámenes), en una sala de tertulia política por la tarde (ya que no había dos que perteneciesen a la misma formación de izquierda, desde el socialismo y el eurocomunismo hasta el trotskismo y el maoísmo) y en un dormitorio por la noche, en que todos se repartían el cuarto libre y el patio que se plagaba de sacos de dormir traídos de Sevilla para la ocasión, convirtiendo el espacio en un campamento de «indios». Fue una etapa dorada, de la que conservo tantas anécdotas que creo que me han dado para reírme durante toda mi vida.

La Barcelona de finales de los 60 y primeros 70 era un hervidero de ideas políticas renovadoras dentro de la izquierda y también de una fuerte confrontación social contra el franquismo al que contribuyó a liquidar. En esta época debiste ingresar en la organización clandestina Bandera Roja. ¿Qué elementos te influyeron para dar ese paso?

En efecto, la necesidad de articular formas de lucha contra el franquismo dio lugar a un extraordinario crecimiento de las formaciones políticas, cosa en la que yo, antes de mi llegada a Barcelona, tenía muy poca experiencia. Entonces sufrí muchas influencias, aunque ya tenía más que claro que mi ideología se inscribía en las corrientes democráticas que estaban surgiendo en el seno de algunas formaciones comunistas. El movimiento de PNN me acercó a una serie de militantes de Bandera Roja, con los que fui colaborando cada vez más estrechamente hasta que terminé ingresando en la organización en noviembre de 1969. Mis compañeros más cercanos fueron entonces Marina Subirats, Jordi Borja y Eliseo Aja, a los que se sumaría el director del movimiento, Jordi Solé-Tura, todos los cuales contribuyeron de modo decisivo a mi formación política.

Posteriormente, en los primeros 70, abandonaste BR e ingresaste en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), el partido hermano del PCE. ¿A qué personas conociste allí que te llamaran la atención?

No se puede hablar de abandono, pues en Bandera Roja se abrió un intenso debate sobre la conveniencia de sumarnos al PSUC o mantener nuestra organización independiente. En junio de 1974, la mayoría de los militantes optamos por el ingreso en el PSUC, donde seguí militando veinte años más, hasta junio de 1994, cuando

mi traslado a Andalucía me exigió salir de un partido que tenía sólo Cataluña como marco geográfico. Allí naturalmente tuve oportunidad de conocer a sus dirigentes históricos, de los que conservo un indeleble recuerdo (Gregorio López Raimundo, Antonio Gutiérrez, Miguel Núñez, Cipriano García, Paco Frutos), así como a otros que se habían integrado después que yo (como Paco Candel, de quien había leído *Els altres catalans*). A mi llegada a Sevilla, el ambiente que se vivía en el Partido Comunista de Andalucía no llegó a atraerme lo suficiente, por lo que no ingresé como militante, aunque, en todas las ocasiones que se han presentado, no he dejado de colaborar con las formaciones de izquierda en general y con las comunistas en particular.

Volviendo al plano académico, comenzaste tu carrera como investigador con estudios sobre la economía marítima en la época moderna, de la que tu currículo presenta numerosas evidencias, para centrarte después en algunos aspectos de la Ilustración hispana y, finalmente, en la década pasada, a investigar el Pacífico español entre los siglos XVI y XVIII. Esto último supuso un giro radical respecto a tus investigaciones anteriores. ¿Qué fue lo que te hizo tomar la decisión de substituir el Atlántico por el Pacífico en tus preferencias? ¿Tal vez tu afición por el arte y la literatura japonesa y en general asiática?

El paso del Atlántico al Pacífico fue casi una travesía lógica. Tras muchos años de estudiar la Carrera de Indias (en solitario o junto con mi esposa, Marina Alfonso, con quien he trabajado codo a codo casi desde que la conocí y desde luego tras la defensa en 1996 de su tesis doctoral sobre *La flota gaditana del Libre Comercio*), amplié mi campo de investigación a la economía marítima en general (la pesca, junto a Roberto Fernández, la construcción naval, los



Visita de Pierre Vilar al Centre d'Estudis d'Història Moderna Pierre Vilar de Barcelona, 1989.
(Foto facilitada por el entrevistado).

astilleros, los instrumentos del comercio marítimo) y de ahí pasé al Galeón de Manila y me quedé anclado en el Pacífico español. Un factor que posiblemente influyó en ello fue la organización en el año 2000 de la exposición sobre *El Galeón de Manila* (en Sevilla y en la Ciudad de México) y en el año 2003 de la exposición sobre *Oriente en Palacio* (en Madrid). La afición a la cultura japonesa ha sido una constante en mis inclinaciones desde que vi *Rashomón* de Akira Kurosawa, a la que siguieron otras muchas películas, muchos libros de poesía y de narrativa y muchas exposiciones hasta poder llegar a recrearme con otras vertientes de su arte en el propio Japón, con vivencias inolvidables como la sesión del arte del té (el *cha-no-yu*) o la contemplación del jardín *zen* de Ryôan-ji. Hasta me he atrevido a publicar numerosas reseñas de libros, a prologar otros y a organizar un curso de literatura japonesa en la Fundación Mapfre gracias a la generosa acogida de mi buen amigo Iñaki González Casanovas.

Para los que conocen tu obra científica, llama la atención que siempre te hayas mantenido en temas comerciales, transporte marítimo y, en general, en el ámbito de la distribución de las mercancías. ¿No has pensado nunca en realizar alguna incursión en la esfera de la producción?

Es esa una herencia de la escuela de los *Annales* y de la obligada orientación que hube de adoptar en mi tesis. En cualquier caso, he entrado en el tema de la producción con trabajos sobre la pesca en sus diversas vertientes (incluyendo el estudio de dos compañías privilegiadas, La Compañía Meridana y la Real Compañía Marítima) o sobre la financiación de la construcción naval en Cataluña y la financiación de las fábricas de indianas. Es ya tarde para ocuparme de otros sectores económicos. Además, ahora estamos muy interesados en la cuestión de la primera globalización, en el papel de la plata mexicana en el ámbito del Pacífico y en las relaciones comerciales que tuvieron a Manila como epicentro a lo largo

del siglo XVIII, con artículos como el publicado en 2014 («The Philippine Islands: a vital crossroad during the first globalization period»).

Tu currículum como investigador resulta muy abultado. Supongo que entre todos tus libros y publicaciones en revistas y medios habrá más de uno del que te sientas especialmente satisfecho. ¿De cuál de ellos se trata?

Hay varios que me siguen pareciendo interesantes. Empezando por mi tesis de licenciatura sobre el cantón sevillano durante la Primera República, a la que tengo especial cariño, pues fue mi primera investigación publicada, en 1972. Y siguiendo por mi tesis doctoral sobre *Cataluña en la Carrera de Indias* (1981), y por otros trabajos que considero originales, como los artículos que dedicamos Marina y yo a la plata española definiéndola como catalizador de la primera globalización, o los últimos que hemos dedicado al comercio entre Cádiz, Manila y Perú, con documentación del Archivo Nacional de Lima (en especial el titulado «Trade between Peru and Asia (1785-1820). An Approximation», publicado en 2018). Igualmente guardo un afecto muy sentido a los catálogos de las varias exposiciones de las que fuimos comisarios y de la dirección de *La ruta española a China*. Y también me hace feliz la traducción y edición española del libro de Henri Lapeyre: *Une famille de marchands, les Ruiz*, en cuya publicación tuvieron mucho que ver dos grandes amigos, Quisco de la Peña (por desgracia desaparecido en lo mejor de su edad) y Agustín García Simón.

Tras tu progresión académica, te convertiste casi sin proponértelo en director obligado de numerosos trabajos de investigación. En tu currículum figuran más de una cincuentena de tesis doctorales, sin contar numerosas tesinas

de licenciatura. Supongo que a muchos de sus autores no les habrás vuelto a ver, pero sí a otros muchos. ¿Recuerdas con especial predilección alguno de estos trabajos?

He vuelto a ver a casi todos mis cincuenta doctorandos, tanto a aquellos que hicieron la tesis en Barcelona, como a los que la hicieron en Madrid. ¿Cómo olvidar a los primeros (José María Oliva, Josep Maria Delgado, Roberto Fernández, Joan Giménez Blasco, Eloy Martín Corrales) y a muchos otros, cuya amistad he conservado cuidadosamente? ¿O a los de Madrid (como Hildi Friederich-Stegmann, Marta García Garralón, María Baudot, José Cosme Sanz Larroca, Emilio Carnes, Beatriz Badorrey) y a los muy recientes como José Ángel del Barrio o Antonio Campo)? Y, por supuesto, a mi gran amigo, recientemente desaparecido, Manolo Teruel, y a Marina Alfonso.

Después de varias décadas en la Universidad de Barcelona, te trasladaste finalmente a la UNED de Madrid. Un cambio radical, pero suavizado por la excelente acogida que te dispensaron tus colegas del departamento de Historia Moderna. ¿Cómo viviste esa situación?

El traslado a la UNED vino motivado por razones estrictamente personales: de no haber existido estas, nunca hubiera abandonado la Universidad (ni la ciudad) de Barcelona, *la meva segona pàtria*. En el Departamento de Historia Moderna, donde recalé gracias a la llamada de mi buen amigo José-Luis Martín, tuve la suerte de ser acogido con todo afecto y desinteresada amistad por personas como Juan Antonio Sánchez Belén o José María Iñurritegui, además de encontrar la cariñosa y eficiente colaboración de los miembros del PAS, de muchos de los cuales guardo un recuerdo imborrable. Y además gocé de la ventaja de disponer de mayor tiempo para la investigación.



Mesa del homenaje al profesor John Elliott en la Universidad de Lleida, 1999
(Foto facilitada por el entrevistado).

Divulgar la investigación histórica resulta una manera por la que se devuelve a la sociedad al menos una parte de lo que ha invertido en nuestra formación como científicos sociales. Sin embargo, la tarea divulgadora no ha tenido demasiados cultivadores académicos en nuestro país. Tú eres una de las excepciones en este panorama, cooperando activamente en revistas como Historia y Vida, La Aventura de la Historia o Andalucía en la Historia, entre otras, o tus colaboraciones para El País y El Periódico de Catalunya. ¿Qué nos puedes decir al respecto?

Siempre me atrajo la oportunidad de escribir para públicos más amplios que los estrictamente universitarios. La primera oportunidad, gracias a las gestiones de José Manuel Cuenca, la tuve en *Historia y Vida*, donde me beneficié de muchas enseñanzas y en particular de las de una persona excepcional: Edmon Vallés. En *La Aventura de la Historia* tuve la suerte de disfrutar de la amistad de los pioneros (Asunción Domènech, David Solar y Javier

Villalba), y luego de sus sucesores hasta llegar al director actual, Óscar Medel. Mi colaboración con *Andalucía en la Historia* tiene connotaciones personales de excepción, pues creada por José Calvo Poyato hube de hacerme cargo durante un semestre de su dirección, mientras buscaba un director adecuado, que encontré en la persona de Manuel Peña, ahora Catedrático de Historia Moderna de Córdoba, que acaba de ceder su puesto a otra competitísima directora, Alicia Almárcegui. Por otra parte, ¿quién hubiera rechazado el caramelo de colaborar con *El País*, el diario que, además de sus otras cualidades, más acorde era con mi ideología? El acceso a *El Periódico de Catalunya* se lo debo a otros de mis grandes amigos, también por desgracia desaparecido, Josep Maria Huertas Claveria, gran periodista y el mejor conocedor de la historia de las calles de Barcelona, con quien surgió la idea (compartida con Josep Maria Colomer) de montar una exposición Cataluña-Andalucía, que no prosperó (pese a las heroicas gestiones de

Joan Anton Benach) por motivos políticos relacionados con el todavía no bien transitado laberinto catalán. También le debo la asignación de la exclusiva para la crítica de literatura asiática y, junto con mi hijo Miguel, para la crítica de cómics, otra de nuestras pasiones durante muchos años.

Otra de tus actividades de divulgación de la historia es tu participación como asesor cinematográfico del Colón de Ridley Scott y de Juana la Loca de Vicente Aranda. ¿Qué recuerdos guardas de esas experiencias?

Esas son propuestas divertidas que nunca hubiera rechazado. De ellas guardo sobre todo un sinfín de anécdotas. Propuesto por Jordi Solé-Tura, la primera aventura, me dio la oportunidad de conocer en su salsa a Ridley Scott, a Gérard Depardieu, a Fernando Rey, a Ángela Molina y a la inabordable Sigourney Weaver. También pude evitar algunos disparates (la siembra de tomates en La Rábida o la alucinante escena de Colón lanzándose al Atlántico como un Erroll Flynn cualquiera a cortar los sargazos con un cuchillo), aunque no pude con todo: en la película vuelven de América las tres carabelas, craso error que mi entrañable amigo Bartolomé Bennassar fue el primero en indicarme, aunque ya me había horrorizado yo por mi cuenta en el pase de la *première*. Con Vicente Aranda, a quien acudí con la carta de presentación de mis amigos Pere Joan Ventura y Georgina Cisqueña, la colaboración fue infinitamente mejor, por lo que quedaron pocas anécdotas pero sí una perdurable amistad. También recuerdo la colaboración, en un documental sobre Carlos III, con el profesor Miguel Artola, a quien, por su vehemente implicación en el rodaje (como en todo lo que hacía), los técnicos denominaban cariñosamente el «director Artolucci».

Completa tu obra divulgadora tu contribución como comisario, junto a Marina Alfonso, en un buen rosario de exposiciones entre las que destacan Schittering van Spanje, 1598-1648. Van Cervantes tot Velázquez (Amsterdam, 1998), Esplendores de España. De El Greco a Velázquez (Río de Janeiro, 2000), El Galeón de Manila (Sevilla, 2000; Ciudad de México, 2001), Oriente en Palacio (2003), La fascinació de l'Orient. Tresors asiàtics de les col·leccions reials espanyoles (Barcelona, 2003), Europa en Papel (Madrid, 2010) o Carlos III y el Madrid de las Luces (Madrid, 2016). ¿Qué supuso para ti esta nueva ocupación?

R.: La organización de exposiciones es otra de esas propuestas que yo no podía rechazar y que nos vino a Marina y a mí por azar de la mano de nuestro gran amigo José Alcalá-Zamora, con el único aval de que podíamos hablar en inglés con los holandeses. Ambos obtuvimos un impresionante patrimonio espiritual: investigamos en nuevos archivos y bibliotecas, aprendimos a apreciar las imágenes como fuentes (de hecho creamos en la UNED una nueva asignatura de máster, que se sigue impartiendo, con el título de «Imagen y sonido como fuentes para la Historia Moderna», el segundo de cuyos términos proviene de nuestra melomanía), vimos cuadros guardados en los sótanos de los museos (esas cuevas de Alí-Babá), apreciamos mejor el arte de Hispanoamérica y de Asia, nos quedamos deslumbrados por las interpretaciones americanas de la mitología cristiana... Y conocimos nuevos países y tratamos a muchas personas que ensancharon nuestras mentes. Fue un gran favor de la Diosa Fortuna.

Finalmente cabe destacar también tu faceta de gestor. Fuiste vicerrector de Ordenación académica de la Universidad de Barcelona; presidente del Centre d'Estudis d'Història



Durante el «Congreso Internacional en el 200 aniversario del natalicio de Karl Marx» organizado por la FIM en octubre de 2018 (Foto: FIM).

Moderna «Pierre Vilar» de Barcelona; comisionado del rector de la UNED para Cataluña y director de los centros de la UNED de Cataluña y Baleares. Te resultó difícil compaginar estas tareas con tus trabajos de investigación. ¿Cuál era tu secreto para conseguirlo?

No hay secreto: mi investigación se resintió de todas esas actividades, que procuré abandonar en cuanto me fue posible. Con el rector Antoni María Badia cumplí mi compromiso de cuatro años (y dos meses), porque como militante del PSUC había apoyado su candidatura como alternativa progresista. El Centre d'Estudis «Pierre Vilar» fue un regalo de mis alumnos del mejor curso que tuve en la Universidad de Barcelona: Dolors Ricart, Olga López Miguel, Magda Mirabet, Montserrat Ventura, Isabel Lobato, Gemma García Fuertes, Xavier Padrós y otros más crearon un centro para debatir

sobre los problemas de la Historia Moderna al margen de los círculos oficiales. El rector Juan Gimeno (a quien agradezco muy sinceramente su nombramiento y la amistad que me brindó) me enroló no por mis cualidades como gestor, sino porque podía discutir en catalán con las autoridades que debían darnos la oportunidad de crear una nueva sede en Barcelona: En cuanto dejé el edificio en construcción y organizada la estructura de la UNED en Cataluña y Baleares, solicité mi sustitución, aunque de aquella experiencia guardé un buen grupo de amigos, especialmente los responsables del nuevo centro barcelonés, Mercè Nove llón y Jordi Rotger.

Tus actividades en general fueron de algún modo reconocidas con una multitud de premios y distinciones, entre los que destacan tu nombramiento como académico de número de

la Real Academia de la Historia y académico correspondiente de la Academia Argentina, junto al doctorado honoris causa por la Universitat de Lleida, la Cruz de la Orden de Alfonso X el Sabio al Mérito Académico, la Placa Marc Bloch a la excelencia historiográfica, la consideración de He-De Honorary Chair de la Tsing Hua University de Taiwán, Caballero de la Orden de las Palmas Académicas de la República Francesa y Gran Cruz del Mérito Naval con distintivo blanco. Pero me consta que una de ellas más modesta supuso una gran satisfacción para ti: el homenaje que te hicieron tus compañeros de departamento de la UNED con motivo de tu jubilación. ¿Qué puedes decirnos de esto?

Nunca solicité ni nunca rechacé las distinciones. Siempre digo que fui catedrático por oposición y académico por azar, pues el apoyo de Carmen Iglesias y de Gonza-

lo Anes vino después de las consideraciones a mi favor de Guillermo Céspedes del Castillo. Y las demás distinciones también me fueron concedidas por la iniciativa de los amigos: Hernán Asdrúbal Silva en Argentina, Roberto Fernández en Lleida, Yu Chung-Li en Taiwán, Michel Bertrand en la Casa de Velázquez, Reinaldo Rojas en Venezuela y mis amigos de la Marina en Madrid. La Placa «Marc Bloch» me satisface doblemente por vincularme inmerecidamente al gran historiador que le da nombre y porque el anterior galardonado fue Pierre Vilar. Y el homenaje en el reducido círculo de mi Departamento me llegó al corazón por haber sido una iniciativa de mis compañeros de trabajo diario durante dos décadas. Todos ellos me han hecho sentir que he hecho algo útil en la vida, que puedo, a la manera de mi admirado Pablo Neruda, confesar que he vivido.